

MÁS ALLÁ DEL PIB: INDICADORES ALTERNATIVOS PARA LA EVALUACIÓN DE LA RIQUEZA*

Rafael Cejudo Córdoba
Profesor Contratado Doctor. Dpto. de Ciencias
Sociales y Humanidades de la Universidad de
Córdoba (España)

* Este texto es el resultado de una ponencia en el Curso UNESCO de la Universitat de Gandia 2015 *Cooperarnos. La solidaridad necesaria frente al empobrecimiento humano.*

Resum

L'article exposa aquelles forteses del Producte Nacional Brut (PIB) que expliquen la seva àmplia acceptació. Així mateix s'indiquen les febleses del PIB a propòsit del desenvolupament humà, explicant-se com no es tenen en compte adequadament en el PIB la creació de riquesa i la seva distribució. Concretament, s'incideix que el PIB no atén a consideracions distributives, és incapaç d'adonar de la *Paradoxa de Easterlin* i no funciona bé en relació amb l'esgotament dels recursos naturals. A partir d'aquí s'expliquen tres indicadors alternatius al PIB: la petjada ecològica, la Felicitat Nacional Bruta i l'Índex de Desenvolupament Humà (IDH). S'argumenta a favor d'aquest últim mitjançant l'enfocament de les capacitats, una profunda i útil teoria ètica proposada per Amartya Sen i que està a la base teòrica de l'IDH.

Paraules Clau: Índex de Desenvolupament Humà, Enfocament de les Capacitats, felicitat, distribució, Amartya Sen.

Abstract

The paper expounds the strengths of Gross Domestic Product (GDP) that explain its wide acceptance. Likewise GDP main weaknesses for human development are stated, as it is expounded how wealth creation and distribution are not adequately taken into account within the GDP. Particularly, it is stressed that GDP does not take distribution into consideration, it is unable of explaining the *Easterlin's paradox* and it does not fare well regarding natural resource depletion. On these bases, three alternative GDP indicators are explained: the ecological footprint, the Gross National Happiness and the Human Development Index (HDI). It is argued for this last indicator on the basis of the capability approach, a deep and helpful ethical theory proposed by Amartya Sen and that it is HDI's theoretical basis.

Keywords: Human Development Index, Capabilities Approach, happiness, distribution, Amartya Sen.

Resumen

El artículo expone aquellas fortalezas del Producto Nacional Bruto (PIB) que explican su amplia aceptación. Asimismo se indican las debilidades del PIB a propósito del desarrollo humano, explicándose cómo no se tienen en cuenta adecuadamente en el PIB la creación de riqueza y su distribución. Concretamente, se incide en que el PIB no atiende a consideraciones distributivas, es incapaz de dar cuenta de la *Paradoja de Easterlin* y no funciona bien en relación con el agotamiento de los recursos naturales. A partir de aquí se explican tres indicadores alternativos al PIB: la huella ecológica, la Felicidad Nacional Bruta y el Índice de Desarrollo Humano (IDH). Se argumenta a favor de este último mediante el enfoque de las capacidades, una profunda y útil teoría ética propuesta por Amartya Sen y que está en la base teórica del IDH.

Palabras clave: Índice de Desarrollo Humano, Enfoque de las Capacidades, felicidad, distribución, Amartya Sen.

Enviado: 02/05/2015
Aceptado: 20/09/2015

1. La fuerza del PIB

El premio Nobel de economía Simon Kuznets perfeccionó en los años treinta un sistema para medir la riqueza nacional y así entender mejor las terribles consecuencias de la crisis de 1929 (Snowden, 1986). Aunque Kuznets (y después todo el mundo), sabía que esa medida (el Producto Interior Bruto o PIB) no reflejaba adecuadamente la calidad de vida de la población, el PIB pronto se hizo indispensable en todos los foros políticos y económicos, así como en multitud de estudios académicos. Su éxito se consolidó a partir de la Conferencia de Bretton Woods en 1944, en la cual se establecieron las reglas del orden económico tras la Segunda Guerra Mundial, y en la que se fundaron el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento o el Fondo Monetario Internacional. El objetivo del PIB es medir la riqueza producida en un país durante un año, y a poco que se reflexione se verá que tiene que construirse mediante una serie de convenciones, como cualquier otro indicador (esto es, tomando ciertas opciones en lugar de otras). Pero comencemos proponiendo una definición más precisa del PIB: es el valor monetario del conjunto de bienes y servicios finales producidos y registrados en un territorio durante un período de tiempo (normalmente un año).

Como enseguida detallaré, el PIB tiene serias limitaciones. No me refiero a problemas técnicos sólo para economistas, sino a dificultades cuando se usa en sociedades que luchan contra el empobrecimiento humano y en pos de una

mayor calidad de vida para todos. Pero es justo reconocer que el éxito del PIB se debe también a algunas de sus cualidades, cualidades por cierto que comparan muchas otras ideas parciales pero ampliamente extendidas. Para empezar, es un indicador relativamente fácil de entender y de obtener. Utiliza el dinero como *medida* de la riqueza, cosa que fácilmente aceptamos puesto que usualmente se piensa que la riqueza *consiste* en dinero. Advértase que es fácil *valorar* cuando eso radica en *medir*, y más cuando medir se reduce a *contar* (dinero). Por otro lado, el PIB es útil (nos guste o no), y no sólo por ser el indicador económico muchísimo más usado que cualquier otro, sino también porque reúne en una sola cifra (1.041.160 millones €) una cantidad ingente de información sobre la producción, el ingreso y el gasto de un país durante un período (España por ejemplo)¹. Finalmente, no existe aún un indicador alternativo con un grado de consenso semejante, y es normal que sigamos aferrándonos a lo que antes funcionaba, aunque ya no nos guste, mientras no haya recambio.

Esa última cuestión, el grado de consenso del PIB, es justamente lo que empieza a fallar cuando más y más personas e instituciones reivindican una *economía ética*, tal como la llaman Arvidsson y Peitersen (2013). Pero tenemos que partir de que el orden económico de Bretton Woods funcionó más o menos bien durante décadas, al menos para los países desarrollados. Tras la experiencia de dos guerras mundiales, mantener la paz social era un objetivo prioritario, y para ello gobiernos y agentes económicos “pactaron”, por así decir, repartir los aumentos de riqueza que fueran consiguiéndose. Los trabajadores aceptaban colaborar en progresivos aumentos de la eficiencia productiva a cambio de obtener seguridad social y económica, mientras que la patronal aceptaba repartir las ganancias de esa mayor productividad entre sus beneficios y los salarios. Los Estados velaban por el pacto y corregían las disfunciones. En todo ello el PIB era una herramienta valiosísima pues permitía medir el crecimiento económico, y si éste no se mantenía, esos pactos sociales tampoco podrían sostenerse. Se podría decir, contando la historia de forma un poco distinta, que el PIB cumplió una función ideológica durante el desarrollo económico de posguerra, pues su crecimiento permitía legitimar la función de sindicatos, asociaciones empresariales y gobiernos. De todas formas, las políticas neoliberales iniciadas por los presidentes Reagan (EEUU) y Thatcher (R.U.) en los años ochenta primero, y la globalización después, han puesto bastante en entredicho la contribución del PIB a la paz social de los países desarrollados y, más aún, su contribución al desarrollo en el resto de países.

2. Ajustándole las cuentas al PIB

Lo cierto es que la elección de un indicador, el PIB por ejemplo, condiciona la manera de captar y de construir la realidad social. Puesto que somos observadores de nosotros mismos, como decía el psiquiatra Castilla de Pino, si nos

1. <http://www.datosmacro.com/pib/espana?anio=2014> [11/8/2015]

observamos mediante el PIB obtendremos determinado autorretrato en lugar de otro. Para empezar, el PIB mide el *valor monetario* de los bienes y servicios. Muchas veces ese valor monetario recoge, más o menos aproximadamente, la contribución de tales bienes y servicios a la calidad de vida de la gente, que es de lo que al final se trata. Pero no siempre es así, pues dicho abruptamente, ponerme malo sube el PIB (puesto que *consumo* medicinas p. ej.), aunque ello no contribuya a mi bienestar. Actividades de dudosa aportación a la calidad de vida han sido introducidas recientemente en el cálculo del PIB (drogas, tráfico de armas, prostitución). Más en general, podemos dudar de que una relación monetarizada con los demás y con el medio ambiente, tal como el PIB requiere, sea la más adecuada: si quiero que mis hijos se diviertan en su cumpleaños, *pago* los servicios de un payaso; si quiero contaminar, *pago* una sanción o un derecho de emisión de CO₂. El PIB cuadra perfectamente con esta mercantilización de más y más ámbitos de la actividad humana.

Por otro lado, el PIB sólo contribuye al progreso social en el supuesto de que crezca continua y sustancialmente, pues no nos da ninguna información sobre cómo se reparte la riqueza producida en el período de tiempo medido. Las grandes crisis económicas sufridas desde los años setenta del siglo pasado, nos han hecho ver que los aumentos de riqueza son reversibles, y que los repartos más o menos igualitarios conseguidos en las fases de crecimiento se resienten mucho tras las crisis. Por ejemplo, el PIB español casi se dobló de 2000 a 2008, pero este extraordinario crecimiento no supuso una disminución de la desigualdad, pues el Coeficiente de Gini estuvo en torno al 31 en todo ese período. Pero lo peor es que con la llegada de la crisis en 2008 y la consiguiente caída del PIB, la desigualdad escaló proporcionalmente más que la caída del PIB, hasta el 35'9 en 2012². Sólo dentro de los países desarrollados, los ingresos del 10% más rico de la población son más de nueve veces superiores a los del 10% más pobre. Con otras palabras, es dudoso decir que progresamos porque crezca el PIB. En suma, la insensibilidad de este indicador a la distribución de la riqueza, lo descarta como medida correcta del bienestar (Van den Bergh, 2009).

Hay otra forma de advertir que más PIB no implica automáticamente más calidad de vida, y es reparar en el dicho popular de que “el dinero no da la felicidad”. Resulta sorprendente que las ciencias sociales lo confirmen con tanta elegancia. La *Paradoja de Easterlin* consiste en que, a partir de cierto nivel de renta, la gente no declara ser cada vez más feliz conforme aumenta su renta; son más ricos, pero no se sienten más felices. Puede haber varias explicaciones de este fenómeno: una vez satisfechas las necesidades y las aspiraciones principales, más recursos disponibles no se traducen en un aumento de satisfacción semejante; también, tendemos a compararnos permanentemente con cómo le va

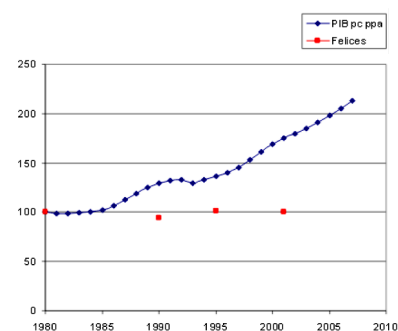
2. Un Coeficiente de Gini de 100 significa desigualdad absoluta, y 0 igualdad perfecta. Cfr. <http://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI>. Sobre la evolución del PIB español, cfr. <http://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG> [08/11/2015]

a los demás, así que el resultado de nuestras aspiraciones se revisa a la baja por los resultados que atribuimos a los otros. Sea como fuere, el gráfico *Evolución del PIB per cápita* muestra cómo el doble de PIB per cápita no ha supuesto ni mucho menos que los españoles declaren ser el doble de felices, al contrario: están igual que en los años ochenta del pasado siglo (Iglesias Vázquez *et al.*, 2013).

Y una última crítica: ¿qué pasa con el PIB y el planeta? El indicador PIB es una *magnitud flujo* porque recoge la variación de riqueza en un periodo de tiempo (la producción, ingreso o gasto en un año), pero no cuánta riqueza se ha acumulado, y cuánta se ha destruido, desde el principio. La población humana crece exponencialmente, pero es que la producción humana lo hace aún más rápido. Durante cientos de miles de años, los humanos no superamos la barrera de los mil millones. Debimos superar esa cifra en el siglo XVIII, pero desde 1800 a 2000 la población creció más de seis veces. En ese mismo periodo, la economía creció más de 50 veces, y el uso de energía 40 veces (Arias Maldonado, 2015: 33). Sin embargo el PIB no incorpora las *externalidades negativas*, o los costes impuestos a la naturaleza por ese crecimiento. En el PIB, las empresas contabilizan los recursos que amortizan, pero en el PIB la humanidad no lo hace. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial había 40 millones de vehículos a motor; hoy hay más de 1000 millones (Arias Maldonado, 2015: 34). Dicho de otra forma: el PIB no nos dice si quedará algo para el futuro.

3. Indicadores alternativos para la medición de la riqueza

Un antiquísimo texto hindú (el *Brihadaranyaka Upanishad*) cuenta la conversación del sabio príncipe Yajnavalka con su esposa Maitreyee. Yajnavalka había descubierto que la salvación era totalmente distinta del mundo terrenal y por eso iba a abandonar todas sus riquezas legándolas a sus esposas. Ella le preguntó si conseguiría también la inmortalidad con la posesión de toda la tierra y de todas sus riquezas. Su marido le respondió que no, que su vida sería como la de la gente rica, pero que no hay esperanza de inmortalidad con la riqueza. Entonces ella le respondió: “¿para qué quiero toda la riqueza del mundo si eso no me hará inmortal?” (Sen, 1999: 13). El economista Amartya Sen, ganador del Premio Nobel en 1998, no cuenta esta historia con un propósito teológico ni moralizante, sino para hablarnos de los fines del desarrollo socio-económico, y más en general de la relación entre los medios y los fines. El objetivo de lograr una “vida buena”, una vida que valga la pena vivirla muchas veces, ha sido uno de los grandes temas de la ética y del pensamiento político. La moraleja de la historia de Yajnavalka y Maitreyee es que *tener más* no es lo mismo que *vivir bien*, algo que ya hemos visto a propósito del PIB. A nivel social, necesitamos mejores indicadores que el PIB para saber si nos estamos alejando o acercando de ese objetivo. Más adelante explicaré como el *enfoque de las capacidades* de Amartya Sen afronta directamente este problema distinguiendo entre los medios o recursos y los fines o lo que vale la pena hacer con esos recursos. Dicho



Evolución del PIB per cápita en España (precios constantes ppa) y niveles de satisfacción subjetiva revelada.

Fuente: Iglesias, Pena y Sánchez, 2013, 584

de otra forma, se trata de medir la *riqueza verdadera*, ésa que también busca Maitreyee, y que es distinta de la que le ofrecía Yajnavalka o el PIB.

Son muchos los indicadores que persiguen ese objetivo de fondo. De todas formas, unos tratan de llamar la atención sobre un problema, como hace la *tasa de prevalencia de la obesidad* sobre el modo de vida, la salud y el consumo de recursos; otros tratan de orientar políticas, como el *índice de progreso real*; otros de indicar objetivos, como la *tasa de extracción de recursos naturales*. Unos inciden más sobre el medio ambiente, otros sobre el desarrollo socio-económico, otros sobre el bienestar. En fin, no deberíamos despreciar un indicador porque no sirva siempre. En realidad, un 'súper-indicador' útil para todo sería una forma delirante de intentar controlar toda la realidad social. Por otro lado, estos indicadores alternativos pueden utilizar una sola unidad de cuenta (los *no sintéticos*), o ser el resultado de agregar y ponderar diversas variables heterogéneas (*sintéticos*) (Méda and Cassiers, 2013). Este último es el caso de la *felicidad nacional bruta* o del *índice de desarrollo humano*. El otro tipo de indicadores, los no sintéticos, pueden ser monetarios como el *ahorro neto ajustado*, o físicos como la *huella ecológica*.

Hoy ya se pueden enumerar bastantes de estos indicadores alternativos, algunos de ellos muy complejos puesto que son indicadores sintéticos que agregan variables ya de por sí complicadas. Pueden citarse los siguientes: *la tasa de prevalencia de la obesidad, la tasa de extracción de recursos naturales, la esperanza de vida feliz, el índice de progreso real, el índice de bienestar económico sostenible, el ahorro neto ajustado, la huella ecológica, la felicidad nacional bruta y el índice de desarrollo humano*. Este artículo se refiere al PIB y al último de esos índices, pero por su importancia apuntaré algo sobre los dos anteriores de la lista. La *huella ecológica* es un indicador no sintético que utiliza una variable no monetaria, y que proporciona una información fácil de entender sobre el impacto de la actividad humana en el planeta, si bien muchas veces es difícilísimo (o imposible) calcularlo. El Fondo Mundial para la Naturaleza la define como:

la superficie biológicamente productiva necesaria para generar los cultivos, la carne, el pescado y la madera que consumen los habitantes de todo el mundo, así como la superficie destinada a infraestructuras y a la absorción de las emisiones de dióxido de carbono procedentes de la quema de combustibles fósiles (World Wildlife Fund, 2000).

Pues bien, se estima que desde los años sesenta del pasado siglo la huella ecológica se ha duplicado. En los años setenta superó la capacidad biológica de la Tierra, lo que significa que si en todos los países se consumiera y se contaminara como en los países más industrializados, haría falta al menos medio planeta más, según datos de *Global Footprint Network*³.

En cuanto a la *felicidad nacional bruta*, es un indicador sintético que utiliza información cualitativa a partir de preguntas simples sobre cómo le va

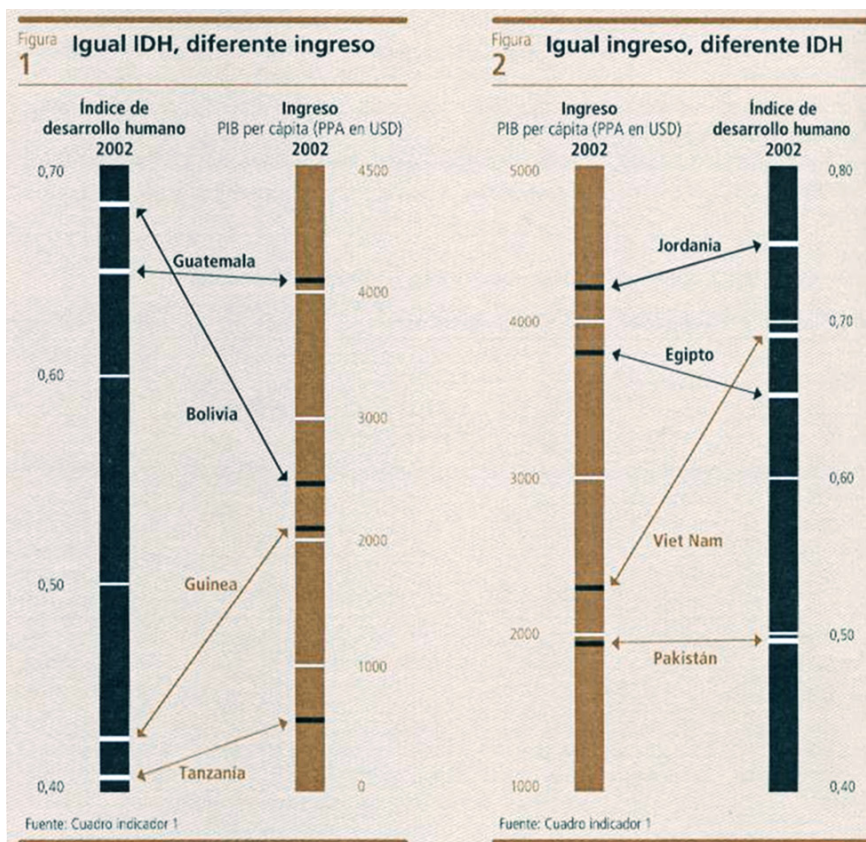
3. Cfr. http://www.footprintnetwork.org/es/index.php/GFN/page/world_footprint/ [08/11/2015]

a la gente en aspectos como su bienestar psicológico, uso del tiempo, salud, relaciones con sus vecinos... (Arango Otálvaro, 2014). Se trata de un indicador “de moda”, creo que por dos razones. Por un lado porque procede del exótico país de Bután, situado entre India y Tíbet, y fue ideado inicialmente por el rey Jigme Singye Wangchuck en los años setenta del siglo pasado, como respuesta a un indicador occidental y reduccionista como es el PIB. Por otra parte, define la riqueza nacional directamente como la felicidad de todos los habitantes, y es la felicidad (no el dinero) el auténtico fin de casi todos los anhelos humanos. Todo el mundo puede comprender que lo importante es que la gente sea feliz, más allá de que su PIB sea más o menos alto. No voy a entrar en las limitaciones de este indicador, pero es importante advertir que las respuestas a cómo se siente uno sólo nos permiten identificar la felicidad como satisfacción subjetiva. Aun siendo importante sentirse bien, una vida buena, de calidad, es más que eso. Por ejemplo, quien no sabe leer ni valora la lectura, apenas se sentirá insatisfecho por todos los libros que jamás podrá disfrutar; quien sólo ha conocido un poder patriarcal y dictatorial, posiblemente no será mucho más infeliz sólo porque no haya pluralismo político. Esto me lleva al *enfoque de las capacidades*.

4. El índice de desarrollo humano y el *enfoque de las capacidades*.

Si la felicidad es sentirse satisfecho o contento, ser feliz puede ser fácil: depende en gran medida de cuán fácilmente uno se conforme. Desde luego es importante conformarse con lo inevitable, pero incluso qué se percibe como tal depende muchas veces del contexto social. Para valorar realmente el bienestar, más importante que las respuestas a la pregunta “¿qué tal estás?”, es constatar qué cosas puedes hacer y ser. Ésa es la clave del índice de desarrollo humano (IDH) como enseguida explicaré. El IDH es elaborado anualmente por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo Humano (PNUD) desde 1990, y desde entonces se ha convertido en el índice más importante de la economía ética. Se trata de un indicador sintético que pondera información cuantitativa sobre si se tiene una vida larga y saludable, educación y un nivel de vida digno. Para medir esos parámetros se usan varios indicadores como la esperanza de vida al nacer, la media de años de escolarización de mayores de 25, o el ingreso nacional bruto per cápita (una variante del PIB), entre otros. Fruto de esos complejos cálculos se obtiene una sola cifra que permite construir rankings de países como pasa con el PIB. Sus creadores (el indio Amartya Sen y el paquistaní Mahbub ul Haq) querían justamente un indicador que pudiera “competir” con el PIB y compararse con él. Por ejemplo en 2014 España era el decimocuarto país por PIB, mientras que era el vigésimo séptimo por IDH⁴. Qué hay debajo de esa diferencia es lo que hace al IDH tan interesante.

4. Cfr. <http://hdr.undp.org/en/data> [08/11/2015].



Diferencias PIB/IDH

Fuente: Informe sobre Desarrollo Humano 2004

Los parámetros vida larga y saludable, educación y nivel de vida digno son importantes porque nos hablan de algunas capacidades básicas que la gente tiene o no. El enfoque de las capacidades fue ideado por A. Sen (1984) en diálogo con la filósofa Martha Nussbaum (1988). Sus propuestas son algo distintas, así que me voy a referir a la de Sen porque es la que inspira directamente el IDH. Pensemos en una bicicleta: es un recurso que vale más o menos dinero, y que me provoca más o menos satisfacción porque no es lo mismo si la uso para hacer deporte que si la uso para ganarme la vida recogiendo chatarra. El valor de la bicicleta reside en las cosas que me permite ser (más sano) o hacer (desplazarme, deporte). En general, el valor de los recursos (dinero p. ej.) está en los *funcionamientos* que permiten (modos de ser o estar). Y fijémonos en que para funcionar de la misma manera (desplazarse), una persona ciega necesitará más recursos; cuando somos ancianos, casi todos necesitamos más recursos que los jóvenes para tener el mismo funcionamiento (nivel de salud).

Así pues lo importante es qué se es capaz de hacer o ser, cómo se puede funcionar, con los recursos a nuestro alcance. El nivel de vida depende de los recursos disponibles y de la capacidad para transformarlos en funcionamientos. Volviendo a un ejemplo anterior, el recurso "libro" sólo sirve si eres capaz de leerlo; la misma cantidad de dinero (PIB) te permite hacer más o menos cosas según sea la democracia donde vives, o te permite vivir probablemente más o menos años según sea el sistema sanitario disponible. El cuadro anterior

muestra cómo puede haber diferencias muy relevantes en IDH con el mismo PIB (y al contrario), o en otras palabras, cómo en algunos países la calidad de vida es semejante con mucho menos dinero. Las causas de las diferencias en el IDH son fascinantes, pero quedan fuera del alcance de este texto.

Bibliografía

- ARANGO, Ó. (2014): "La Felicidad Nacional Bruta de Jigme Singye Wangchuck: Una vía para medir el desarrollo", *Revista de la Facultad de Trabajo Social*, vol., no. 30, 155-169.
- ARIAS, M. (2015): "Noticias del futuro", *Claves de razón práctica*, vol. 242, no., 31-39.
- ARVIDSSON, A., PEITERSSEN, N. (2013): *The Ethical Economy: Rebuilding Value After the Crisis*, New York, Columbia University Press.
- IGLESIAS, E., PENA, J., SÁNCHEZ, J. M. (2013): "Bienestar subjetivo, renta y bienes relacionales. Los determinantes de la felicidad en España", *Revista Internacional de Sociología*, vol. 71, no. 3, 567-592.
- MÉDA, D., CASSIERS, I. (2013): *Redéfinir la prospérité: Jalons pour un débat public*, La Tour-d'Aigues, Nouvelles éditions de l'Aube.
- NUSSBAUM, M. (1988): "Nature, Function and Capability: Aristotle on Political Distribution", *Oxford Studies in Ancient Philosophy*, vol. supl., no., pp. 145-184.
- SEN, A. (1984): *Resources, Values and Development*, Oxford, Basil Blackwell.
- (1999): *Development as Freedom*, Oxford, Oxford University Press.
- SNOWDEN, K. (1986): "Simon Kuznets", *Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History*, vol. 4, no. 1, 167-172.
- VAN DEN BERGH, J. (2009): "The GDP Paradox", *Journal of Economic Psychology*, vol. 30, no. 2, 117-135.
- WORLD WILDLIFE FUND (2000): *Annual Report*, www.wwf.es/noticias/informes_y_publicaciones/ [11/9/2015].